

Un científico de esos de hace medio siglo, obsesionado tanto por lo que se consideraba entonces como real y verdadera ciencia del hombre —esa mezcla de lombrosismo, lebonismo y otros ismos de moda— como por la ilusión de querer explicarlo y justificarlo todo gracias a la panacea de las ciencias llamadas positivas, concluía un singular ensayo sobre Bolívar manifestando que “el febricitante que el 19 de Diciembre de 1830 llegaba a Santa Marta, ya era casi un decrépito a quien nada importaría, ni Dios ni los hombres”. ¡Terribles palabras, pero no para el Libertador sino para su juzgador!

En efecto, la lucidez, característica de los grandes genios, suele jugar malas pasadas a los críticos superficiales y así, por ejemplo, mostrarse transformada en clarividencia en momentos que ellos juzgarían de delirio. Tal nos parece ser precisamente lo que le ha ocurrido al Dr. Carbonell —cuyo es el texto precitado— con la agonía del Libertador: al compararse con don Quijote, al afirmar que el mismo no ha alcanzado la libertad que pretendía para América o al lamentar el haber arado en el mar, Bolívar es tremendamente concordante consigo mismo y estas sus últimas palabras constituyen la mejor y más elevada síntesis de su obra y su persona. Un breve análisis de una y otra, a la luz de la filosofía de la historia, mostrará suficientemente para el caso la veracidad de esta afirmación.

Sólo quisiéramos advertir en nuestro descargo, antes de entrar en materia, que falta un estudio filosófico sobre Bolívar y el sentido de la historia, en forma que esperamos que la novedad de la tesis disimule algo las imprecisiones de su exposición.

Digamos, en primer lugar, que parece razonable comenzar a ocuparse del Libertador cuando éste aún no era tal, sino sólo don Simón Bolívar y Palacios, el joven caraqueño descendiente de una acaudalada familia vascuense, huérfano de padre a los tres años y de madre a los nueve; criado por una esclava negra y educado por un maestro enciclopedista de lo menos ortodoxo que es dable imaginar. Pues bien, de esta primera etapa de su vida es particularmente interesante anotar el sino trágico que parece perseguir a Bolívar con respecto a aquellas personas que le son caras. Este aparente sino tal vez culmine con la muerte de su mujer, antes de un año de haberse casado, y que tanta impresión causó al Libertador, como se lee en el “Diario de Bucaramanga”. En la vida de Bolívar, el prematuro fallecimiento de su esposa, doña María Teresa Rodríguez, debe considerarse substancialmente como una verdadera “situación-límite”, para emplear el gráfico lenguaje de Karl Jaspers. Más aún, esta situación-límite, de “la muerte del ser querido”, debe asociarse íntimamente, como veremos más adelante, a una segunda: la situación límite del “sacrificio”.

Muerta su mujer en 1803, la vida de Bolívar transcurre, hasta 1810, de una manera confusa y agitada, pero en la que, de todos modos, se da una tónica general: su "estudio del mundo, de los hombres y de las cosas", como escribe él mismo en sus cartas. La expresión es exacta. La descuidada instrucción que recibiera cuando niño no podía ni debía satisfacer al espíritu inquieto e inquisidor del joven Bolívar. Más aún, si se quisiera hablar en puridad de verdad, habría que decir que, a los veinte años, el futuro Libertador de América carece de una verdadera formación intelectual. ¡Qué responsabilidad la de aquellos que debieron habérsela dado!

En esa época, los caminos de la libertad llevan a Bolívar simplemente hacia latitudes de moda a la que paga sangriento tributo, y de las cuales ¿cuándo habría de regresar? Vive en París, se embebe en la lectura de los enciclopedistas y escritores de actualidad y emprende —¡él también!— la peregrinación a la morada de Rousseau, que está en la orden del día. En Chambéry, en efecto, el filósofo ginebrino había descubierto el "misterio" de la bondad natural del hombre, que después transmitiera a sus semejantes, en tanto que él mismo aprendía a su vez, de la sin par Sra. de Warens, otros misterios menos propalables. De esa época data también la precaria afiliación de Bolívar a la Francmasonería y, paradójicamente, su viaje a la Ciudad Eterna y su juramento del Monte Sacro.

En el famoso juramento hallamos la prolongación de la situación-límite más arriba aludida: se trata ahora del sacrificio de sí mismo, es decir, de la vida del Libertador. En transcripción de Simón Rodríguez, el antiguo maestro de Bolívar, el juramento habría consistido en la promesa de "no dar descanso al brazo ni reposo al alma" —la frase es, a todas luces, facticia— mientras no estuviesen rotas las cadenas de la América Española. Pero lo que realmente interesa de esta situación-límite no es justamente el tenor literal del discurso, sino lo que en él puede leerse entre líneas, a saber, la filosofía que expresa. Esta no es otra, desgraciadamente, que la que le habían enseñado sus lecturas de Rousseau, Voltaire, Volney, etc. Así, pues, a la vista de Roma no puede menos que exclamar que la Ciudad Eterna ha laborado para todos y en todo, menos para la humanidad y la causa de la libertad. El resolver este gran problema le estaría reservado, según Bolívar, al Nuevo Mundo.

Pues bien, ¿diremos que hay en este discurso

una circunstancia que vicia todo el pensamiento, en cuanto manifiesta el desconocimiento del rol del Cristianismo como fermento de la historia? En efecto, al margen de los valores cristianos —pensadores como Toynbee, Maritain o Berdiaief, ahora mismo nos lo recuerdan— ni siquiera es posible concebir la historia. Pero, al mismo tiempo, el olvido de Bolívar ¿no es acaso otro nombre solamente de ese resentimiento contra el Cristianismo que manifiesta el mundo moderno? Y la indignidad de los cristianos, contraponiéndose a la dignidad del Cristianismo, ¿no tiene acaso algo que ver con la causa de ese resentimiento? De todos modos, hay algo definitivo a que podemos atenernos en este caso concreto. Por sobre abismos conceptuales, como el anotado, se yergue el genio poderoso del Libertador y, adhiriendo de una manera existencial o vivida al sentido de la historia, pliega a ella su obra y sale airoso de la terrible prueba. Por eso nunca aparece él más grande ante la historia que cuando se le juzga a través de los limitados medios —materiales o intelectuales— de que dispuso. A este último respecto sería ya suficientemente decididor el observar que no encontramos en Bolívar una sola palabra de elogio para un Maquiavelo, profeta titular de toda dictadura, y sí grande estimación para un humanista como el P. Las Casas.

Hubiera o no terminado su "estudio del mundo, de los hombres y de las cosas" en 1810, el hecho es que la Independencia de Venezuela atrae a Bolívar en cuerpo y alma, como lo prueban, entre otros, su afiliación a la "Sociedad patriótica" y su enrolamiento en el Ejército revolucionario de Miranda. Del carácter irresistible de esta adhesión dan fe sus Cartas, cuando habla de que se trata de una obra sobrehumana, de que América no se halla preparada, etc. La causa lo empuja y él, que se sabe empujado, cede de buen grado a este impulso.

La primera república venezolana, a la que Bolívar brinda sus esfuerzos iniciales, transcurre curiosamente, entre el jueves santo de 1810, en que se proclama la primera Junta de Gobierno, y el jueves santo de 1812, en que un formidable terremoto echa por tierra a Caracas y a su nuevo gobierno. Este hecho físico, en efecto, viene a sancionar los acontecimientos inclinando la balanza a favor de los realistas: la masa, que no entiende bien esto de la independencia, atribuye el sismo a la ira divina y, convenientemente explotado, se pronuncia en contra de la revolución. Como se sabe, vie-

ne enseguida el desastre de los patriotas y concluye la primera república.

Hasta este momento la participación de Bolívar en los acontecimientos no es preponderante y, sin embargo, uno o dos hechos protagonizados por él indican a las claras que está echada la suerte del Libertador. El primero de estos hechos se refiere al terremoto mismo, oportunidad en la cual Bolívar, arriba de un montón de ruinas, habría pronunciado las siguientes palabras, "impías" según un testigo presencial: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la someteremos". Empero, cuán equivocados estaríamos nosotros si siguiésemos a ese testigo en sus juicios. En efecto, nada más alejado de la realidad y, al mismo tiempo, del Cristianismo, porque se trata de un testigo que se confiesa creyente, que atribuir a la naturaleza una pretendida santidad. Mucho más exacto y atinado sería poner de relieve el carácter hostil de la naturaleza, que el hombre debe dominar para ponerla a su servicio. Desde un punto de vista cristiano hay que afirmar, en efecto, que es una idea absolutamente pagana la de hacer de la naturaleza una pura perfección. Esta, como la historia o el mundo, se halla afectada de una ambigüedad o ambivalencia radicales. Empero, podría alguien preguntarse, ¿sabía Bolívar lo que decía, de una manera conceptual y no sólo de una manera vivida o existencial, cuando reivindicaba su propia independencia frente a la naturaleza? ¡Cuestión! En todo caso, lo que importa dejar en claro es que tachar de impías aquellas palabras no se conjuga en absoluto con el espíritu del Cristianismo.

El segundo hecho a que aludimos es el que se refiere al apresamiento de Miranda y a la intención que tuvo Bolívar de fusilarlo por traidor. Pues bien, a este respecto, y por sobre la montaña de argumentación en uno u otro sentido que se ha formado ya, nos gustaría afirmar que estamos aquí, nuevamente, ante una de esas curiosas situaciones-límite de la vida del Libertador. Es "el combate", de que habla Jaspers, situación-límite en virtud de la cual toda existencia se ve obligada a empeñarse total y absolutamente en la opción que le presenta la libertad. El no decidirse, ha puesto de relieve la filosofía existencial, es también un decidirse, y la afirmación recuerda aquella otra del Evangelio, "el que no está conmigo, está contra mí". Bolívar está en guerra; más aún, la guerra está en Bolívar: "El es la revolución", exclaman justamente sus enemigos. En cuanto de él dependa, esa guerra terminará o con su victoria o con su muerte. Así, Bolívar

hace suya existencialmente la guerra.

Esta situación se mantiene constante durante toda la vida militar del Libertador. Así, a la ley de la conquista promulgada por los españoles, él responde con el decreto de la guerra a muerte. La réplica contempla, es cierto, importantes reservas y excepciones, e incluso Bolívar busca la manera de abrogarla, tanto más cuanto que parece favorecer a los realistas. Sin embargo, la guerra a muerte se mantiene, de una u otra manera, por cuatro largos años. Los resultados —es cosa bien sabida— son desastrosos: un testigo presencial, oficial español, llega a afirmar que Venezuela ha desaparecido. ¡Tanta es la ruina que siembra la guerra!

¿Qué decir a este respecto? Si queremos considerar la cuestión en su verdadero valor, estamos obligados a juzgarla a la luz de la filosofía de la historia. ¿Y qué nos dice ésta sino que el mal, inexplicable e injustificable racionalmente, es empero un factum, una realidad, un hecho rotundo cuya existencia no sabríamos negar de manera alguna? El mal, comprendámoslo o no, va adherido al flanco de la historia, y en este misterio se resume toda la tragedia de la humanidad. Esta circunstancia marca a la historia con un carácter desconcertante: la hace radicalmente ambigua o ambivalente. Esta consideración es importante para quien se ocupa de estos problemas, pues sugiere que, dentro de una perspectiva puramente racional y humana, es imposible asignarle un sentido preciso a la historia: a la sola luz de la razón natural, la posibilidad misma de una filosofía de la historia se debilita y oscurece. Ahora bien, ¿qué quiere decir esto sino que la filosofía de la historia necesita elementos preter-racionales o supra-naturales que el pensador debe solicitar de otras fuentes, es decir, de la fe y de la Revelación, si el pensador es católico?

Pero dejemos estas consideraciones demasiado abstractas y pasemos a otro punto que interesa más directamente a nuestros propósitos.

Bolívar no era un aventurero. No primaba en él el sentimiento de la acción. En el Libertador, la vida de la razón y de la inteligencia era intensísima. Muchas veces se ha afirmado, y con razón, que mientras la generalidad de los jefes de las guerras de la Independencia americana, fueran éstos de uno u otro bando, procedían más bien por instinto o por pasión, Bolívar iba tras un objeto preciso y poseía una clara noción de su obra. Es por esto que existe una gran diferencia entre la ley de la selva instaurada por un Monteverde o un Briceno y el decreto de la guerra a muerte del Liber-

tador. En medio de la refriega, ¿no se da acaso tiempo para producir verdaderos monumentos de ciencia política? Desde el Memorial de Cartagena hasta la Constitución de Bolivia, desde la Carta de Jamaica hasta el Mensaje de Angostura o el que acompaña a la referida constitución, sus escritos teóricos siguen y seguirán siendo piezas maestras de la literatura política americana.

Particular importancia revisten para nuestros países, en que la confesión católica es la dominante, las ideas bolivarianas acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, expresadas principalmente en la Constitución de Bolivia y en el mensaje que la acompaña. En ellos se contiene una prudente solución del problema y que se concilia cabalmente con el pensamiento que, al respecto, sustenta la Iglesia Católica. Lo cual, por otra parte, no deja de admirar si se tiene en cuenta que Bolívar carecía de una formación religiosa profunda y fundamentada y que, en ese entonces, no había al alcance del vulgo (Bolívar ignoraba el latín) estudios acerca de la materia como los hay hoy día. Todo esto, bien entendido, sin llegar a afirmar, como lo hace Estrada Monsalve, que Bolívar haya construido su sistema político dentro de la filosofía tomista y como resultado de la lectura directa del Doctor Angélico. Probablemente, el Libertador no leyó ni siquiera a Aristóteles, maestro de Santo Tomás.

Pero nada prueba mejor al pensamiento genial que hubo en Bolívar, que su idea de una "unión, liga y perpetua federación" entre las naciones de la América Española, idea que el Libertador intuyó desde que comenzara a trabajar por la revolución. Merece ella, pues, un análisis especial. Se trata, en primer lugar, de un "ideal histórico concreto" y no de una utopía, y al cual se le reputa como uno de los ideales más urgentes de nuestra América. Huelga toda diligencia probatoria al respecto. En segundo lugar, digamos que la confederación aquella tenía, en el pensamiento de Bolívar, más sentido político que una "santa alianza" (en que el nexo es, real o ficticiamente, religioso) o que una anficiónía (en que el nexo es la mera "buena vecindad", como reza la expresión etimológicamente). "La nuestra —escribía el Libertador— debe ser una sociedad de naciones hermanas".

Por otra parte, toda la contribución de Bolívar a la paz y el derecho internacional, en el que ocupa un lugar tan destacado, su insistencia en el sistema de arbitraje, se halla fundamentada en una especie de derecho a la uni-

dad, que es justamente el que hoy día inspira a las naciones civilizadas. Hay que observar, en fin, cuán extraordinariamente caras, eran al Libertador estas ideas guías. ¿No se comparó acaso, al ver los inconvenientes con que tropezaba su obra, con aquel demente que, sentado en una roca en el medio del océano, pensaba timonear desde allí a los barcos que pasaban a su vista?

La historiografía burguesa, a cuya cuenta hay que cargar los errores de nuestros textos clásicos, acusa cierta debilidad original que, a la postre, acarrea la incompreensión del proceso histórico. Los historiadores burgueses, imbuidos en la filosofía liberal - individualista, acostumbra despachar muchos problemas mediante un recurso de mala técnica dramática: la introducción del famoso "deus ex machina". Así, por ejemplo, tratándose de la independencia de los países que formaron otrora la gran Colombia, la explicación la reducirán a la mera personalidad de Bolívar quien, por sí solo y en razón de sus méritos taumatúrgicos, habría operado el proceso de que hablamos. Y, en forma parecida, cargarán a su cuenta, única y exclusivamente, todos los errores, frustraciones y demás aspectos negativos del mismo proceso. Pero hoy sabemos que no es posible explicar la historia únicamente como creación "ex-nihilo" de semidioses imaginarios. La persona humana, dotada de inteligencia y libertad, juega ciertamente un papel en la historia, y sobre todo si se trata de hombres talentosos, patrióticos y tenaces como el Libertador. Pero ni la inteligencia ni la voluntad implican la negación de las condiciones objetivas (leyes psicológicas, sociológicas, biológicas, etc.), en que se hace la historia. No hay manera de entender a Bolívar, ni a ningún otro grande hombre, si no se le conceptúa, a la vez, como factor y producto del proceso histórico o, en términos más filosóficos, como agente y paciente de dicho proceso. Y hay, además, otra circunstancia no menos importante que la anterior, pero que los historiadores burgueses tienden a dejar de lado o, por lo menos, a no subrayar suficientemente. Se trata de la distinción que es menester hacer entre la historia de un pueblo y la biografía de un hombre, por grande que sea éste y por grande que haya sido su influencia en aquella historia. Así como el pueblo es la sustancia libre y viva de la sociedad política, así también el pueblo es la sustancia libre y viva de la historia. O, para decirlo en una palabra, el pueblo es el verdadero sujeto de la historia. Por eso, allí donde el pueblo no la alienta y sustenta, la historia

fenecé y muere. Los grandes hombres, desde este punto de vista, nada pueden sin el concurso de la sustancia libre y viva de la comunidad; de esa comunidad de la que ellos son sólo una parte, aunque una parte extraordinariamente valiosa, influyente y poderosa.

La Batalla de Ayacucho, en 1824, con que se cierra el libro de la independencia de América, abierto 50 años antes en la Batalla de Lexington, marca el cenit de la estrella bolivariana y, por lo mismo, el principio de su declinación. Tal vez aquella hubiese brillado un poco más si Bolívar hubiese aceptado ser Emperador o Dictador-Tirano, como se lo propusieron más de una vez, y más de un interesado. Imposible que aceptara el primero de esos títulos quien fuera siempre contrario a la monarquía, pudiendo decirse lo mismo del segundo. Por otra parte, ¿quién puede mantener todo un imperio equilibrado, como se ha dicho, sobre el filo de un cuchillo? Los triunfos militares sobre el enemigo no le habían proporcionado a Bolívar el triunfo sobre sus amigos de un día: Santander, Páez, La Mar, etc. La América Española iba a seguir, pues, por mucho tiempo más, en la inestabilidad política.

Después del fracasado Congreso de Panamá, Bolívar comienza a experimentar en carne propia las limitaciones con que tropieza el hombre en su tarea de influir de una manera substancial en los rumbos de la historia. Esta última, en efecto —y es importante recordarlo a cada instante— tiene ciertamente un sentido determinado en cuanto a su orientación general, que proviene del pasado y ejerce una clara influencia en el futuro. Así, pues, lo indeterminado en la historia se refiere sólo a las orientaciones específicas de ésta, y es sólo en este sector donde el papel de la persona se puede hacer manifiesto en forma directa.

Más concretamente, es preciso hacer notar que los éxitos militares de Bolívar poco o nada pudieron influir en esa querrela entre el campo y la ciudad, que Sarmiento señala al hablar de “civilización o barbarie”. En efecto, aún no se apagaban los sonos de victoria cuando, en medio de una rotativa de intrigas, traiciones y asesinatos, resurgía el caudillismo en el Imperio de los Andes. Los años que van de 1824 a 1830 marcan la caída del Libertador y, hasta donde su obra fue o es precedera, la caída de esta última. Fracasa el Congreso de Panamá, se disuelve la Gran Colombia, asesinan a Sucre y, finalmente, el Libertador se ve conducido al ostracismo. Es la “América bárbara” que empieza a hacer sentir sus propios y terribles fue-

A la muerte de Bolívar, la mayor parte de la América Española se balancea trágicamente entre el despotismo y la anarquía. Chile, aquel país privilegiado en que soñaba el autor de la Carta de Jamaica, apenas si inicia entonces su vida como República en forma.

El tiempo, inflexible tutor del género humano, ha permitido que Bolívar conserve, en la memoria de los pueblos, el título que más apreció en vida, y la historia, al recordarlo como el Libertador por antonomasia, hace justicia al padre de la América Española.

Alentó siempre en el pecho de Bolívar la pasión de la libertad, haciéndose patente en cada uno de los momentos de su vida: cuando antepuso a su nombre el de ‘Libertador’, cuando rechazó —en fin— el título de Emperador. Ahora bien, es preciso comprender en qué forma esta pasión, a que él sirvió, honra a su vez al Libertador. Porque, ¿qué hay de más noble, en el hombre, que esta pasión? ¿qué otra cosa es vivir, en realidad de verdad, sino ejercer la libertad?

La historia, si comporta alguna dimensión metafísica que la haga digna de la preocupación del hombre, se lo debe a la libertad que ella implica en su raíz misma. Los pueblos que carecen de la idea de la libertad, carecen también de la idea de la historia. Por lo mismo, el mal que se manifiesta en el hombre alcanza también a la historia, y con ello la vuelve doblemente paradójica y misteriosa. Uno mismo es el motor que impulsa al hombre y a la historia: el dinamismo de la libertad.

De allí también el rol libertador de la historia. Así como la libertad de elección se halla orientada a la libertad de independencia o exultación, del mismo modo esta última se halla orientada, a su vez, hacia un tipo de libertad más elevado y que, a decir verdad, “no es de este mundo”. Es por esto que el verdadero buscador de la libertad no puede descansar jamás en su búsqueda y, a las puertas de la muerte, no puede menos que exclamar que acá no la ha hallado. La suprema libertad no le es dada al hombre sino más allá de sus días, así como la verdadera libertad no le será dada a la historia sino más allá de los tiempos. Es lástima que escritores tan talentosos como Salvador de Madariaga no tengan presente esta circunstancia al glosar la frase de Bolívar: “No he encontrado la libertad”.

Las últimas observaciones nos conducen al análisis del fracaso, que se nos presenta aquí dotado de un sentido esclarecedor, a la vez que velado, y que apunta cada vez más hacia “un entender no entendiendo, toda ciencia

trascendiendo", en las palabras de San Juan de la Cruz. ¿Gabriel Marcel o Karl Jaspers, no han hablado acaso del "misterio" o de la "cifra" del fracaso? La cuestión se plantea por cuanto, ya sea de una manera consciente o solamente vivida, el hombre busca siempre lo absoluto: es el gran "peregrino de lo absoluto", en palabras de León Bloy. Empero, ¿quién no ha comprobado, una y mil veces, que en nuestro mundo todo es limitado, precario y relativo?

La llamada filosofía de la existencia —¿jugando un poco con las palabras?— observa que, como todo lo humano es histórico, debe deducirse de allí la historicidad de toda realidad: "El ser de este mundo no es el absoluto que yo busco ni me da la paz". Pero no se necesita aceptar o recurrir a esa filosofía para comprender que, en último y definido término, poco es lo que el hombre puede esperar de sí mismo. Todo lo que viene de la nada —decían ya los antiguos— tiende de suyo a la nada. En tanto era mortal, Bolívar escribió, ciertamente, en el agua. Pero una recta

filosofía de la historia, no puede contentarse con comprobar simplemente que, en cierto sentido, toda la historia se dirige a lo que se ha llamado el "reino de perdición". No; sino que, develando la ambivalencia de la historia, esa filosofía debe reconocer que ésta se encamina también —¡y por sobre todo!— a lo que habría que llamar, esta vez, el "reino de Dios". Y aquí habría que decir que la obra del Libertador, toda ella traspasada de historicidad y llevando el mal fieramente adherido a su flanco, fue sin embargo sustancialmente dócil al sentido profundo y trascendental de la historia. En otras palabras, y para utilizar las de un maestro de la paradoja —de esa paradoja que, como ninguna, capta tan a lo vivo las cosas humanas—, habría que decir que también Bolívar, al igual que el hombre que fue jueves, trabajó para el Señor Domingo, de quien recibiera esa libertad, y esa pasión por la libertad que caracterizan, por sobre todo, a quien sea tal vez el hombre más grande que ha tenido nuestra América.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Las biografías principales del Libertador son: de F. Larrazábal (que es el decano de los biógrafos de Bolívar); de E. Ludwig (novelesca); de W. Frank (que subraya la personalidad de los llamados pueblos bolivarianos); de S. de Madariaga (autor también de una Introducción a Bolívar titulada Cuadro histórico de las Indias); de Fco. A. Encina (cuyo último volumen se publicó el año de la muerte del historiador); de J. B. Trend (el ilustre hispanista de Cambridge), etc.

Los estudios sobre el pensamiento de Bolívar, especialmente en lo que se refiere a sus

ideas políticas, satisfacen poco al lector exigente. Con todo, véanse —por ejemplo— los V. A. Belaúnde, R. Levene, J. de Vasconcelos, R. Blanco Bonbona, etc.

Los principales documentos emanados de la pluma de Bolívar son, pocos más o menos, los siguientes: El Memorial de Cartagena; la Carta de Jamaica (en donde se encuentra la famosa referencia a nuestro país); el Mensaje de Angostura y el Discurso al Congreso de Bolivia. Todos ellos pueden consultarse en las **Obras Completas** publicadas por el Gobierno venezolano bajo la dirección de V. Lecuna, que es el gran estudioso en esta materia.

ISMAEL BUSTOS